

Ben Macintyre

Un espía entre amigos

La gran traición de Kim Philby



Traducción castellana de
David Paradela López

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2015

Un espía entre amigos
Ben Macintyre

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *A Spy Among Friends*

© Ben Macintyre, 2014
© del epílogo, David Cornwell, 2014
© de la traducción, David Paradela, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es
www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-816-7
Depósito legal: B. 2491 - 2015
2015. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf

Índice

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	13
1. Aprendiz de espía	15
2. La Sección V	33
3. Otto y Söhnchen	53
4. «Boo, Boo, Baby, I'm a Spy!»	73
5. Tres jóvenes espías	93
6. El desertor alemán	107
7. El desertor soviético	121
8. Valores en alza	141
9. Mares tempestuosos	163
10. La odisea de Homero	185
11. Peach	205
12. Los «Robber Barons»	225
13. El Tercer Hombre	243
14. Nuestro hombre en Beirut	265
15. El zorro que llegó para quedarse	279
16. Un oficial muy prometedor	293
17. Sabía que serías tú	307
18. La hora del té	321
19. Fundido	335
20. Tres viejos espías	353

<i>Epilogo de John le Carré.</i>	365
<i>Notas</i>	379
<i>Bibliografía</i>	419
<i>Agradecimientos</i>	425
<i>Índice alfabético.</i>	427

Aprendiz de espía

Nicholas Elliott se encontraba en el hipódromo de Ascot, viendo cómo *Quashed*, el favorito, ganaba fácilmente por 7-2, y al instante siguiente, para su sorpresa, se había convertido en espía. Era el 15 de junio de 1939, tres meses antes del estallido del conflicto más mortífero de la historia. Tenía veintidós años.

Ocurrió con una copa de champán. El padre de John Nicholas Rede Elliott, sir Claude Aurelius Elliott, oficial de la Orden del Imperio Británico, era el director de Eton, la escuela más prestigiosa de Inglaterra, un célebre alpinista y una de las piedras angulares de la clase dirigente británica. Sir Claude conocía a todo el que era alguien y a nadie que no fuera alguien, y entre los muchos hombres importantes a los que conocía se encontraba sir Robert Vansittart, el principal asesor diplomático del Gobierno de Su Majestad, que mantenía vínculos estrechos con el Servicio Secreto de Inteligencia (SIS), más conocido como MI6, la organización encargada de las labores de inteligencia en el extranjero. Nicholas Elliott había concertado una cita con «Van» en Ascot y, entre copas, mencionó que le gustaría unirse al servicio de inteligencia.

Sir Robert Vansittart sonrió y contestó: «Me alivia que me haya pedido algo tan sencillo».¹

«Y eso fue todo», escribió Elliott muchos años después.²

En cuestiones laborales, el amiguismo siempre funcionaba a la perfección.

A primera vista, Nicholas Elliott no tenía madera de espía. Su expediente académico era mediocre. Sabía poco sobre las complejidades de la política internacional, y menos aún sobre la habilidosa y peligrosa partida que jugaba el MI6 durante el período previo a la guerra. De hecho, no sabía absolutamente nada de espionaje, pero le parecía un oficio emocionante, importante y exclusivo. Elliott tenía esa seguridad que sólo tienen los jóvenes refinados y acomodados de Eton, acababa de graduarse en Cambridge y gozaba de las conexiones sociales adecuadas. Había nacido para mandar (aunque él nunca lo habría expresado con tan poco tacto), y el club más selecto de Gran Bretaña parecía un buen lugar para empezar.

Los Elliott eran la columna vertebral del Imperio; durante generaciones, habían sido oficiales del ejército, clérigos de alta jerarquía, abogados y administradores coloniales que garantizaban que Gran Bretaña continuase señoreando los mares y gran parte de los territorios situados entremedio. Uno de los abuelos de Elliott había sido vicegobernador de Bengala; el otro, un alto magistrado. Al igual que muchas familias inglesas pudientes, los Elliott también destacaban por sus excentricidades. El tío abuelo de Nicholas, Edgar, era conocido por haber apostado con otro oficial del ejército indio a que podía fumarse una cantidad de puros equivalente a su altura todos los días durante tres meses. Fumó hasta morir dos meses después. Se dice que su tía abuela Blanche «enfermó de amor»³ cuando tenía veintiséis años y que a partir de entonces se postró en la cama y permaneció en ella durante cincuenta años. La tía Nancy creía firmemente que los católicos no estaban capacitados para tener mascotas porque creían que los animales carecían de alma. La familia también manifestaba una fascinación profunda, pero con frecuencia fatal, por el alpinismo. El tío de Nicholas, el reverendo Julius Elliott, cayó del monte Cervino en 1869, poco tiempo después de conocer a Gustave Flaubert, quien dijo de él que era «el perfecto caballero inglés».⁴ La excentricidad es uno de esos rasgos ingleses que parecen denotar fragilidad, pero

que en realidad enmascaran una fortaleza oculta: individualidad disfrazada de rareza.

La infancia de Nicholas se vio ensombrecida por su padre, Claude, hombre de inquebrantables principios victorianos y fieros prejuicios. Claude aborrecía la música, le resultaba indigesta; opinaba que cualquier forma de afecto era sinónimo de «amaneramiento»,⁵ y creía que «a la hora de tratar con extranjeros lo mejor era gritarles en inglés». ⁶ Antes de ser el director de Eton, Claude Elliott había enseñado historia en la Universidad de Cambridge, a pesar de profesar una desconfianza inveterada hacia los académicos y aversión a las conversaciones intelectuales. Sin embargo, las largas vacaciones universitarias le dejaban tiempo suficiente para dedicarse al alpinismo. Podría haber sido el alpinista más célebre de su generación de no ser por una lesión de rótula provocada por una caída en el Distrito de los Lagos, lo que le impidió acompañar a Mallory en su expedición al Everest. Por ser una persona dominante tanto en el plano físico como el psicológico, los chicos de Eton lo apodaban «el Emperador». Nicholas profesaba un respeto reverencial hacia su padre. Claude, en cambio, o bien ignoraba o bien martirizaba a su único hijo; al igual que muchos padres de su época y clase, creía que manifestar afecto podía hacer que su descendiente se volviera «blando» y, muy posiblemente, homosexual. Nicholas creció convencido de que «Claude se sentía muy avergonzado por mi mera existencia». ⁷ La madre, en palabras de su único hijo, evitaba todo tema de conversación íntimo, incluidos «Dios, la Enfermedad y las Partes Bajas». ⁸

El joven Elliott, por consiguiente, fue criado por una serie de niñeras, hasta que lo llevaron a Durnford School, en Dorset, escuela conocida por su tradición de brutalidad extrema, incluso para los estándares de los colegios británicos: cada mañana los chicos debían sumergirse desnudos en una piscina sin climatizar por el simple placer del director, cuya esposa se pasaba las tardes leyendo literatura edificante en voz alta, con las piernas extendidas sobre dos niños pequeños, mientras un tercero le hacía cosquillas en la planta de los pies. No había fruta fresca ni baños con

puerta, no se impedía el acoso entre compañeros ni existía la posibilidad de escapar. Hoy en día, una institución así sería ilegal; pero en 1925, se consideraba que «formaba el carácter». Elliott salió del colegio convencido de que «nunca podría ocurrirle nada tan desagradable»,⁹ con un arraigado menosprecio hacia la autoridad y un sentido del humor a prueba de bomba.

Eton parecía el paraíso comparado con el «puro infierno»¹⁰ de Durnford, y el hecho de que su padre fuera el director no representaba ningún problema para Nicholas, puesto que Claude actuaba como si él no estuviera allí. El joven Elliott, inteligentísimo, alegre y holgazán, se esforzaba lo justo para aprobar. «La exagerada legibilidad de su letra sólo sirve para revelar su incompetencia para la ortografía»,¹¹ ponía en uno de sus boletines de notas. Fue admitido en su primer club, el Pop, una institución etoniana reservada para los chicos más populares del colegio. Fue en Eton donde Elliott descubrió su habilidad para hacer amigos. Años más tarde, diría que ésa era su destreza principal, la que había sentado las bases de su carrera.

Basil Fisher fue su primer y más íntimo amigo. Fisher, un personaje cautivador con un expediente académico y deportivo impecable, era el capitán del equipo, el presidente del Pop y el hijo de un auténtico héroe de guerra: Basil padre, fallecido a manos de un francotirador turco en Gaza en 1917. Los dos amigos compartían comidas, pasaban las vacaciones juntos y, alguna que otra vez, se colaban en la casa del director cuando Claude salía a cenar y jugar al billar. Las fotografías de la época los muestran tomados del brazo, sonriendo abiertamente. Puede que hubiera un elemento sexual en su relación, pero quizá no. Hasta la fecha, Elliott sólo había amado a su niñera, «Ducky Bit» (se desconoce su verdadero nombre). Lo que sentía por Basil Fisher era adoración.

En el otoño de 1935, los dos amigos fueron a Cambridge. Como era de esperar, Elliott fue al Trinity, el *college* al que había asistido su padre. En su primer día en la universidad, Elliott visitó al escritor y profesor de historia Robert Gittings, conocido de

su padre, para preguntarle algo que le había estado quitando el sueño: «¿Cuánto y en qué debo esforzarme?». ¹² Gittings se caracterizaba por un juez severo de la personalidad ajena. Tal y como Elliott recordó: «Me recomendó encarecidamente que dedicara mis tres años en Cambridge a divertirme mientras no estallaba la siguiente guerra», ¹³ consejo que Elliott siguió al pie de la letra: jugaba al críquet, salía de paseo en batea, conducía un Hillman Minx por la ciudad y asistía y organizaba sonadas fiestas. Leía muchas novelas de espías. Los fines de semana salía de caza o asistía a las carreras de Newmarket. Durante la década de los treinta, Cambridge era un hervidero de conflictos ideológicos: Hitler había tomado el poder en 1933, la guerra civil española se desencadenaría en 1936; la extrema derecha y la extrema izquierda combatían en las aulas universitarias y en las calles. Pero Elliott estaba al margen del fervoroso clima político; estaba demasiado ocupado divirtiéndose y apenas abría los libros. Tres años más tarde, se graduó con muchos amigos pero sin honores, resultado que consideró «un triunfo sobre los examinadores». ¹⁴

Nicholas Elliott salió de Cambridge con todas las ventajas sociales y educativas, y sin la menor idea de lo que quería hacer. Sin embargo, bajo esa apariencia complaciente y convencional y su «lánguida actitud de clase alta», ¹⁵ se escondía una personalidad más compleja, un aventurero con una veta subversiva. La rigidez victoriana de Claude Elliott le había inculcado una profunda aversión a las reglas. «Nunca seré un buen soldado porque no soy lo suficientemente dócil ante la disciplina», ¹⁶ diría él. Cuando le ordenaban algo, normalmente «no acataba la orden del superior, sino la orden que éste le habría dado si realmente supiera de lo que hablaba». ¹⁷ Tenía una personalidad fuerte (la brutalidad de Durnford se había encargado de ello), pero también era sensible, consecuencia de una infancia solitaria. Como muchos ingleses, ocultaba su timidez detrás del aluvión defensivo de la broma. Otro de los legados de su padre fue la convicción de que no era una persona atractiva; Claude le dijo una vez que era «espantoso» ¹⁸ y él creció convencido de que era cierto. Cierta-

mente Elliott no poseía una belleza convencional: era desgarbado, de rostro delgado y llevaba gafas de montura gruesa, pero poseía aplomo, un ligero aire de picardía y una jovialidad resuelta que atraía a las mujeres de forma instantánea. Necesitó muchos años para llegar a la conclusión de que «no era más o menos difícil mirarme a mí que a mis compañeros».¹⁹ Además del conservadurismo innato, también había heredado de su familia la propensión a la excentricidad. No era esnob. Era capaz de entablar conversación con cualquier persona sobre cualquier tema. No creía en Dios, ni en Marx, ni en el capitalismo; tenía fe en el rey, en el país, en la clase y en el club (el White's Club, en su caso, un club de caballeros en St. James's). Pero por encima de todas las cosas, creía en la amistad.

En el verano de 1938, Basil Fisher encontró trabajo en Londres, mientras que Elliott seguía preguntándose qué iba a hacer con su vida. Gracias a los contactos, el problema no tardó en resolverse. Ese mismo verano, Elliott estaba jugando un partido de críquet en Eton cuando, durante la pausa del té, se le acercó sir Nevile Bland, un diplomático amigo de la familia, quien le transmitió con mucho tacto que su padre estaba preocupado por la «incapacidad de su hijo para conseguir un trabajo estable».²⁰ (Sir Claude prefería hablar con su hijo por medio de emisarios.) Sir Nevile le contó que hacía poco tiempo lo habían designado ministro de Gran Bretaña en La Haya. ¿Querría Nicholas acompañarlo como su agregado honorario? Elliott respondió que lo haría con mucho gusto, a pesar de que no tenía idea de cuáles eran las funciones de un agregado honorario. «No hubo un proceso de selección serio —escribió Elliott tiempo después—, Nevile se limitó a decirle al Ministerio de Exteriores que yo estaba capacitado porque me conocía y porque había estado con mi padre en Eton.»²¹

Antes de partir, Elliott hizo un curso de criptografía en el Ministerio de Exteriores. Su instructor fue el capitán John King, experimentado criptógrafo que, además, resultó ser un espía soviético. King llevaba enviando telegramas del Ministerio de Ex-

teriores a Moscú desde 1934. El primer tutor de espionaje de Elliott era, en realidad, un agente doble.

Elliott llegó a La Haya en su Hillman Minx a mediados de noviembre de 1938, y se presentó en la legación. Después de cenar, sir Nevile le lanzó una advertencia: «En el servicio de inteligencia, quien se acueste con la esposa de un compañero queda automáticamente expulsado», y un consejo: «Le sugiero que emule mis acciones y no encienda ningún cigarrillo hasta que llegue la tercera copa de oporto».²² Las tareas de Elliott no eran muy exigentes: llevarle el maletín al ministro, codificar y descodificar mensajes en la sala de radio y asistir a cenas formales.

Elliott sólo llevaba cuatro meses en los Países Bajos cuando tuvo su primera experiencia en una misión clandestina y la «oportunidad de observar de primera mano la maquinaria de guerra alemana».²³ Una noche, durante la cena, entabló conversación con un joven oficial de marina llamado Glyn Hearson, agregado naval adjunto en la embajada de Berlín. El comandante Hearson le confió que se disponía a participar en una misión especial para espiar el puerto de Hamburgo, donde se creía que los alemanes construían submarinos enanos. Después de unas cuantas copas, Hearson le preguntó a Elliott si le gustaría unirse a la misión. A Elliott la idea le pareció fenomenal, y sir Nevile dio el visto bueno.

Dos días después, a las tres de la madrugada, Elliott y Hearson entraron en el puerto de Hamburgo escalando un muro. «Estuvimos figoneando discretamente por todo el recinto durante una hora», tomando fotografías antes de «regresar a un lugar seguro a por una bebida fuerte».²⁴ Elliott no poseía ni protección diplomática ni capacitación, y Hearson no estaba autorizado a reclutarlo para la misión. De haber sido descubiertos, podrían haberlos fusilado por espionaje; en el mejor de los casos, la noticia de que habían descubierto al hijo del director de Eton husmeando en un astillero naval alemán durante la noche habría comportado un conflicto diplomático. Tal y como Elliott admitía alegremente, fue «una hazaña particularmente imprudente».²⁵

Pero fue de lo más agradable y resultó en un gran éxito. Satisfechos, se fueron a Berlín.

El 20 de abril de 1939, Hitler cumplía cincuenta años; era día de fiesta nacional en la Alemania nazi, y el país presenció el desfile militar más grande en la historia del Tercer Reich. El festejo, organizado por el ministro de propaganda Joseph Goebbels, hizo que el culto a Hitler llegara a su punto álgido; todo un alarde de una adulación sincronizada. Un desfile de antorchas y una cabalgata de cincuenta limusinas blancas, con el Führer a la cabeza, precedieron a cinco horas de formidable exhibición de poderío militar en la que participaron cincuenta mil soldados alemanes, cientos de tanques y ciento sesenta y dos aviones de combate. Los embajadores de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos no asistieron porque habían sido retirados después de la marcha de Hitler sobre Checoslovaquia, pero otros veintitrés países enviaron representantes para desearle feliz cumpleaños a Hitler. «El Führer ha sido agasajado como ningún otro mortal», escribió emotivamente Goebbels en su diario.²⁶

Elliott presenció los festejos con una mezcla de sobrecogimiento y horror desde un apartamento en una sexta planta en Charlottenburger Chausse que pertenecía al general Noël Mason-MacFarlane, el agregado militar británico en Berlín. El condecorado «Mason-Mac» era un viejo caballo de batalla, un veterano de las trincheras y del Mandato Británico de Mesopotamia. Al general le resultaba imposible ocultar su repugnancia. Desde el balcón del piso se veía claramente el estrado donde se encontraba Hitler. Susurrando, Mason-MacFarlane le comentó a Elliott que el Führer se encontraba a tiro: «Me siento tentado a provechar la ocasión»,²⁷ farfulló, y agregó que «despachar al desgraciado ese desde aquí sería pan comido».²⁸ Elliott «lo animó a que lo intentara».²⁹ Mason-MacFarlane rechazó la idea, aunque más adelante solicitó permiso formalmente para asesinar a Hitler desde su balcón. Por desgracia para la humanidad, se lo denegaron.

Elliott volvió a La Haya con dos nuevas convicciones: que

había que detener a Hitler a toda costa y que la mejor manera de contribuir a ello era convirtiéndose en espía. «No me costó tomar la decisión.»³⁰ Un día en Ascot, una copa de *fizz* con sir Robert Vansittart y un encuentro con un pez gordo de Whitehall harían el resto. Elliott regresó a La Haya siendo todavía, oficialmente, adjunto honorario, pero en realidad, y con la aprobación de sir Nevile Bland, ya era un nuevo miembro del MI6. De puertas afuera, su vida diplomática seguía siendo la misma; pero en secreto, empezaba a dar los primeros pasos en la extraña religión de la inteligencia británica.

Sir Robert Vansittart, el mandarín del Ministerio de Exteriores que le allanó el terreno a Elliott para que ingresara en el MI6, dirigía lo que a todos los efectos era una agencia de inteligencia privada, ajena a la esfera oficial del Gobierno, pero con estrechos vínculos tanto con el MI6 como con el MI5, el Servicio de Seguridad. Vansittart se oponía ferozmente a la política contemporizadora, convencido de que Alemania iniciaría otra guerra «en cuanto se sintiera lo bastante fuerte».³¹ Su red de espías poseía gran cantidad de información acerca de las intenciones de los nazis, y sirviéndose de ella intentó (en vano) convencer al primer ministro Neville Chamberlain de que se avecinaba un conflicto. Uno de sus primeros y más pintorescos informadores fue Jona von Ustinov, un periodista alemán y acérrimo opositor del nazismo. Todo el mundo conocía a Ustinov como «Klop» —que en ruso significa «chinche»—, apodo derivado de su rotunda apariencia, de la que, curiosamente, se sentía muy orgulloso. El padre de Ustinov era un oficial del ejército de origen ruso; su madre era mitad etíope y mitad judía; su hijo, nacido en 1921, fue Peter Ustinov, el famoso actor y escritor. Klop Ustinov había estado al servicio del ejército alemán durante la primera guerra mundial y había sido merecedor de la Cruz de Hierro antes de entrar a trabajar en la Agencia Alemana de Prensa en Londres. Perdió su empleo en 1935, cuando las autoridades alemanas, sospechando de su mezcla genética exótica, le solicitaron pruebas de su arianidad. Ese mismo año empezó a trabajar como agente

británico, con el nombre en clave de «U35». Ustinov era gordo, llevaba monóculo y presentaba un aspecto engañosamente torpe. Era «el mejor y más ingenioso agente con el que tuve el honor de trabajar»,³² afirmaría su controlador, Dick White, quien tiempo después presidiría tanto el MI5 como el MI6.

La primera misión de Elliott en el MI6 consistió en ayudar a Ustinov a controlar a uno de los espías más importantes y menos conocidos de la preguerra. Wolfgang Gans Edler zu Putlitz era el agregado de prensa en la embajada alemana en Londres, un aristócrata amante del lujo y homosexual notorio. Ustinov contrató a Putlitz y empezó a obtener de él «información valiosísima, acaso la información más importante que obtuvo Gran Bretaña de una fuente humana durante el período de la preguerra»,³³ acerca de la política exterior y los planes militares alemanes. Putlitz y Ustinov compartían la convicción de Vansittart de que había que acabar con la política de la contemporalización: «Yo colaboraba intensamente para perjudicar la causa nazi», pensaba Putlitz.³⁴ Cuando Putlitz fue destinado a la embajada alemana en La Haya en 1938, Klop Ustinov lo siguió con discreción, haciéndose pasar por corresponsal en Europa de un periódico indio. Con Ustinov como intermediario, Putlitz siguió suministrando enormes cantidades de información, aunque se sentía frustrado ante la aparente falta de voluntad de Gran Bretaña para plantarle cara a Hitler. «Los ingleses están desesperanzados —se quejaba—. Resulta inútil tratar de ayudarlos a tolerar los métodos nazis, que claramente no logran entender».³⁵ Empezaba a creer que «estaba sacrificándose para nada».³⁶

En La Haya, Klop Ustinov y Nicholas Elliott trabaron una buena relación y seguirían siendo amigos durante toda la vida. «Klop era un hombre con innumerables talentos —escribió Elliott—: *bon viveur*, ingenioso, anecdotista, mimético, con facilidad para los idiomas; dotado de un amplio espectro de conocimientos, de lo más serio a lo más procaz.»³⁷ Ustinov puso a Elliott a trabajar con el fin de elevar los ánimos de Wolfgang Putlitz, cada día más pesimista y ansioso.

Putlitz era un «hombre complicado»,³⁸ escribió Elliott, que se debatía entre el patriotismo y sus instintos morales. «Su motivación era únicamente idealista y se torturaba pensando que la información que proporcionaba podía costar vidas alemanas.»³⁹ Una noche de agosto, Elliott llevó a Putlitz a cenar al Hotel Royale. Durante el postre, Elliott comentó que estaba planteándose ir de vacaciones a Alemania: «¿Iniciará Hitler la guerra antes de que regresemos la primera semana de septiembre?», preguntó medio en broma.⁴⁰ Putlitz se mantuvo serio: «Según los actuales planes, el ataque a Polonia comenzará el 26 de agosto, pero podría posponerse una semana; yo en su lugar cancelaría el viaje».⁴¹ Elliott no tardó en transmitirle esa «alarmante declaración»⁴² a Klop, que a su vez lo comunicó a Londres. Elliott canceló sus vacaciones. El 1 de septiembre, tal y como Putlitz había predicho, los tanques alemanes entraban a Polonia desde el norte, el sur y el oeste. Dos días más tarde, Gran Bretaña entraba en guerra con Alemania.

Poco tiempo después, el embajador alemán en La Haya le enseñó a Wolfgang Putlitz una lista de agentes alemanes en los Países Bajos; la lista era idéntica a la que Putlitz les había facilitado a Klop Ustinov y Nicholas Elliott poco antes. Evidentemente, tenía que haber un espía alemán en la estación del MI6, pero por entonces nadie sospechaba de Folkert van Koutrik, un neerlandés afable que trabajaba como asistente del jefe de estación, el mayor Richard Stevens. Van Koutrik «siempre había mostrado una fidelidad totalmente genuina», según sus compañeros.⁴³ Trabajaba de encubierto para la Abwehr, la agencia alemana de inteligencia militar y «para el otoño de 1939, los alemanes tenían una idea muy clara de toda la operación del SIS en Holanda».⁴⁴ Van Koutrik había conseguido la lista de espías alemanes que Putlitz había entregado al MI6 y la había vuelto a pasar a la inteligencia alemana.

Putlitz sabía que «en cualquier momento lo descubrirían y se desharían de él».⁴⁵ Inmediatamente solicitó asilo en Gran Bretaña, pero insistió en que no se iría sin su ayudante, Willy Schnei-

der, que además era su amante. Putlitz fue trasladado a toda prisa a Londres el 15 de septiembre y se alojó en un piso franco.

La pérdida de un agente tan valioso ya era terrible de por sí, pero lo peor estaba por venir.

El 9 de noviembre, el jefe la estación y nuevo jefe de Elliott, el mayor Stevens, viajó a Venlo, una ciudad holandesa de la frontera con Alemania, con la esperanza de que la guerra llegara a un pronto y glorioso final. Se hizo acompañar por un colega, Sigismund Payne Best, un veterano oficial de la inteligencia militar. Elliott le tenía aprecio a Stevens, lo consideraba «brillante con los idiomas y excelente anecdotista».⁴⁶ De Best, sin embargo, opinaba que era «un imbécil ostentoso, hinchado de autosuficiencia».⁴⁷

Unos meses antes, Stevens y Best habían contactado a escondidas con un grupo de oficiales alemanes desafectos que conspiraban para derrocar a Hitler mediante un golpe militar. En una reunión convocada por el doctor Franz Fischer (un refugiado político alemán), el líder del grupo, un tal Hauptmann Schämmel, explicó que algunos individuos dentro del alto mando del ejército alemán, consternados por las pérdidas sufridas durante la invasión de Polonia, pretendían «derrocar el actual régimen y establecer una dictadura militar».⁴⁸ El primer ministro fue informado de la conspiración contra Hitler, y Stevens recibió el encargo de entablar una negociación con los conspiradores. «Tengo el presentimiento de que la guerra habrá terminado para la primavera», escribió Chamberlain.⁴⁹ Stevens y Best, acompañados por un oficial de la inteligencia neerlandesa, salieron para Venlo con la moral alta, convencidos de que estaban a punto de establecer conexión con «el gran hombre en persona»,⁵⁰ el general alemán que dirigiría el golpe. En realidad, «Schämmel» era Walter Schellenberg, del Sicherheitsdienst (SD), la agencia de inteligencia del Partido nazi, un astuto e implacable espía que con el tiempo llegaría a dirigir la inteligencia alemana, y el doctor Fischer estaba en nómina de la Gestapo. La reunión resultó ser una trampa, ordenada personalmente por el Reichsführer de las SS, Heinrich Himmler.

Poco antes de las once de la mañana, llegaron al lugar del encuentro: el Café Backus, en la parte holandesa de la frontera, a pocos metros del paso fronterizo. «No había nadie por ahí, salvo un oficial de aduanas alemán y una niña que jugaba a la pelota con un perro grande en medio de la calle», escribió Stevens.⁵¹ Schellenberg, de pie en la veranda del café, les hizo un gesto con el sombrero para que entraran. Ésa era la seña. Mientras bajaban del coche, los oficiales británicos fueron rodeados de inmediato por comandos de las SS vestidos de civil que efectuaron disparos al aire. El oficial holandés sacó su revólver y fue abatido.

«Al instante siguiente —recuerda Best— había dos hombres frente a cada uno de nosotros, uno nos apuntaba a la cabeza y el otro nos esposaba. Enseguida, los alemanes nos gritaron: “¡En marcha!”. Nos empujaban por la espalda con las armas y decían: “¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!”. Nos llevaron a toda prisa hacia la frontera alemana».⁵² Los comandos metieron a empujones a los prisioneros dentro de unos coches que estaban aparcados, arrastrando con ellos al oficial neerlandés moribundo.

«De pronto, todas las operaciones de la inteligencia británica en los Países Bajos estaban en peligro»,⁵³ escribió Elliott. Lo que es peor: Stevens llevaba en el bolsillo una lista de fuentes de inteligencia en Europa Occidental. El MI6 se apresuró a dispersar su red de agentes antes de que los alemanes iniciaran la cacería.

El incidente de Venlo fue una catástrofe absoluta. Como los neerlandeses estaban claramente implicados y habían perdido a un oficial, Hitler podía afirmar que los Países Bajos habían violado la neutralidad, lo que le daba una excusa para invadir el país, tal y como sucedió unos meses más tarde. Ese episodio dejó en los británicos una profunda desconfianza hacia los oficiales del ejército alemán que afirmaban ser antinazis, aun cuando, hacia el final de la guerra, lo fueran de veras. Steven y Best pasaron el resto de la guerra en la cárcel. Hacia diciembre, gracias a la información revelada por los prisioneros británicos y por el agente

doble Van Koutrik, los alemanes «pudieron elaborar listas detalladas y muy precisas de las redes de agentes [del MI6]»,⁵⁴ así como hacerse una idea de la estructura del propio MI6. Aquella fue la primera y más exitosa operación con agentes dobles de Alemania durante la guerra. Curiosamente, también sería una de las últimas.

Al recordar el incidente de Venlo, Elliott culpaba del desastre a «la desmedida ambición»⁵⁵ de Stevens, que había intuido la «posibilidad de ganar la guerra con sus propias manos, lo que enturbió por completo su criterio operativo».⁵⁶ En lugar de mantener el engaño de la existencia de una célula de resistencia dentro del alto mando alemán, Schellenberg envió un mensaje victorioso: «A la larga, las conversaciones con personas engreídas y estúpidas se tornan aburridas. Cortamos todo tipo de comunicación. Sus amigos de la oposición alemana les envían saludos cordiales».⁵⁷ El mensaje iba firmado por «la Policía Secreta alemana».

En sus seis primeros meses como espía, Elliott había aprendido una lección valiosísima sobre la falsificación y el fraude, la moneda de uso corriente en el mundo del espionaje. Su jefe estaba ahora en una prisión alemana, víctima de un intrincado engaño; un valioso espía había escapado a Londres, tras ser traicionado por un agente doble; toda la red de inteligencia en los Países Bajos corría un gran peligro. Incluso el inofensivo capitán John King, el criptógrafo que le había enseñado el oficio a Elliott, estaba en prisión, cumpliendo una pena de diez años por espionaje a raíz de las afirmaciones de un desertor soviético, según el cual King «le vendía toda la información a Moscú».⁵⁸

Lejos de sentir repulsión ante la duplicidad que veía a su alrededor, Elliott se sentía cada vez más atraído hacia ese juego lleno de tejemanejes y embustes. La debacle de Venlo había sido «tan desastrosa como vergonzosa», concluyó Elliott,⁵⁹ pero a la vez había sido fascinante, una lección ilustrativa sobre cómo personas sumamente inteligentes pueden caer en una trampa si se las convence de que crean lo que quieren creer. Estaba

aprendiendo con rapidez. Incluso compuso una canción para celebrarlo:

Vaya red enmarañada tejemos
la primera vez que engañar queremos.
Pero a fuerza de practicar,
no volveremos a errar.⁶⁰

A las tres de la mañana del 9 de mayo de 1940, a Elliott lo despertó la llegada de un telegrama de emergencia enviado desde Londres. Buscó los libros de códigos en la caja fuerte del embajador, se sentó frente a la mesa del comedor de la embajada y se puso a descodificar el mensaje: «Nos ha llegado información de que los alemanes pretenden atacar todo el frente occidental...».⁶¹ Al día siguiente, Alemania invadía Francia y Holanda. «Pronto fue evidente —escribió Elliott— que aunque los holandeses combatieran con valentía y fuerza no iban a durar mucho.»⁶²

Los británicos se prepararon para huir. Elliott y sus compañeros del MI6 hicieron una hoguera a toda prisa en el patio de la embajada con todos los documentos comprometedores. Otro oficial se hizo con gran parte de las reservas de diamantes industriales de Ámsterdam y las envió clandestinamente a Gran Bretaña. La reina de Holanda partió a un lugar seguro en un destructor de la Marina Real junto con su gabinete, su servicio secreto y su oro. La principal labor de Elliott consistió en evacuar a los aterrorizados bailarines del ballet Vic-Wells, que estaban de gira; los subió a un dragador requisado en IJmuiden. El 13 de mayo, un destructor británico, el *HMS Mohawk*, anclado en Hoek van Holland, esperaba para llevarse a los últimos británicos rezagados a un lugar seguro. Mientras huía en un convoy hacia la costa, Elliott observó el horizonte iluminado por las llamas que abrasaban Róterdam. Fue uno de los últimos en abordar. Al día siguiente, los holandeses presentaron su capitulación. Cuando el joven oficial del MI6 desembarcó en

Gran Bretaña, fue recibido con las palabras: «Ha llegado la hora de la verdad».⁶³

Elliott esperaba encontrarse con un país en crisis, pero se sorprendió al ver la «normalidad y tranquilidad» de Londres.⁶⁴ De ese momento, escribió: «Ni por un instante pensé que podíamos perder la guerra».⁶⁵ En pocos días lo pusieron al servicio del Cuerpo de Inteligencia británico y poco después, para su sorpresa, se vio metido entre rejas.

Wormwood Scrubs, una prisión victoriana del oeste de Londres, fue adoptada durante la guerra como sede central del Servicio de Seguridad, el MI5, por entonces en rápida expansión para hacer frente a la amenaza del espionaje alemán. La caída de Francia y de los Países Bajos se atribuyó, en parte, a los quinta-columnistas nazis: espías enemigos que trabajaban desde dentro para contribuir al avance alemán. La amenaza de una invasión alemana desencadenó una intensa cacería de espías en Gran Bretaña, y el MI5 estaba desbordado de informes de actividades sospechosas. «La fiebre del espionaje se apoderó de Inglaterra»,⁶⁶ escribió Elliott, que había sido trasladado temporalmente al MI5 para «suministrar pruebas de lo que había observado de primera mano con respecto a las actividades de la quinta columna en Holanda».⁶⁷ La amenaza de la quinta columna nunca se materializó, por la sencilla razón de que no existía: la guerra contra Gran Bretaña no figuraba en los planes de Hitler, y se había hecho muy poco para preparar el terreno para una invasión alemana.

La Abwehr enseguida se dispuso a contrarrestar ese déficit. Durante los meses siguientes, los llamados «espías invasores» llegaron en oleadas a Gran Bretaña: en barco, en paracaídas y en submarino. Dichos espías, poco preparados y mal equipados, fueron localizados al poco tiempo. Algunos terminaron en prisión, otros, ejecutados. Varios de ellos fueron reclutados como agentes dobles, con el fin de que desinformaran a sus superiores alemanes. Aquél era el embrión del gran sistema Doble Cruz,

una red de agentes dobles cuya importancia iría en aumento a medida que avanzaba la guerra. Muchos de esos espías, al ser interrogados, proporcionaron información de vital interés para el Servicio Secreto de Inteligencia. A Elliott lo nombraron funcionario de enlace entre los servicios hermanos y lo enviaron a Wormwood Scrubs. Era un sitio extraño para trabajar: maloliente y lúgubre. Buena parte de los reclusos habían sido evacuados, pero quedaban algunos, entre ellos un antiguo compañero de Elliott en Eton, Victor Hervey, futuro sexto marqués de Bristol, un personaje con fama de taimado al que habían encarcelado en 1939 por robar en una joyería de Mayfair. Elliott trabajaba en una celda insonorizada, sin tirador en el interior; si la última persona en salir cerraba la puerta accidentalmente desde el exterior, Elliott se quedaba encerrado hasta el día siguiente.

A Elliott le encantaba su nueva vida: prisión durante el día, libertad durante la noche en una ciudad sitiada y amenazada de invasión. Se mudó a un apartamento en Cambridge Square (Bayswater) que pertenecía a la abuela de otro de sus amigos de Eton, Richard Brooman-White, que también trabajaba para el MI6. Basil Fisher se había convertido en piloto de combate del III Escuadrón y pilotaba los Hurricanes que partían de Croydon. Siempre que Fisher estaba de permiso, los tres amigos se reunían, normalmente en casa de White. El Blitz había empezado, y Elliott se maravillaba ante el «sentimiento de camaradería»⁶⁸ que surgía cuando se sentaba con sus amigos entre las lujosas paredes de caoba y el humo del club de caballeros más exclusivo y antiguo de Londres. «El único momento de peligro real se produjo mientras bebía un *pink gin* en el bar del club. Una bomba cayó sobre el edificio contiguo, me arruinó la copa y me hizo caer al suelo. Luego me tomé otro *pink gin*, gentileza del camarero.»⁶⁹ Por el momento, a Elliott no le iba nada mal en su guerra. Tres meses después de regresar a Londres, comprendería qué era en verdad la guerra.

El 15 de agosto, el III Escuadrón Hurricane despegó con la misión de interceptar una formación de Messerschmitts de la

Luftwaffe que había cruzado el canal de la Mancha por la zona de Dungeness. Durante el despiadado combate aéreo posterior, uno de los combates más encarnizados de la batalla de Inglaterra, siete de los caza-bombarderos alemanes fueron derribados. La aeronave de Basil Fisher fue vista alejándose de la formación con humo y llamas saliendo del fuselaje. Fisher logró saltar del avión sobre el pueblo de Sidlesham, en West Sussex, pero el paracaídas habría prendido. El fuego consumió las cuerdas, y el amigo de Elliott cayó directo a tierra. Ya sin piloto, el Hurricane se estrelló contra un granero. El cuerpo del oficial de aviación Basil Fisher apareció en el estanque de Sidlesham. Lo enterraron en el cementerio parroquial de su pueblo natal, en el condado de Berkshire.

Elliott quedó secreta pero profundamente afectado. Como muchos caballeros ingleses de clase alta, apenas hablaba de sus sentimientos, pero las palabras angustiadas, tersas y contenidas del epitafio privado que le dedicó a Basil Fisher dicen más que cualquier mensaje cargado de pasión. En ellas se halla ausente la máscara de la frivolidad: «Basil Fisher murió en combate. Lo sentí en lo más profundo de mi ser. Había sido un hermano para mí. Era la primera vez que me golpeaba la tragedia».⁷⁰

Pocas semanas después, todavía aturdido por el dolor, Elliott conoció a un nuevo recluta del mundo secreto; un antiguo estudiante de la Westminster School y, como Elliott, graduado en el Trinity College de Cambridge, un personaje que había de definir el resto de su vida: Harold Adrian Russell Philby, más conocido como Kim.